




Poco después del comienzo de clases,
la señora Flor les anunció a los nenes de la sala de los
Tiburones Sindientes:

—El año pasado aprendieron a contar.

Vamos a repasar un poco. Para mañana traiga,
cada uno, diez cosas iguales.

—¡Bien! —gritaron los nenes.

Pero Valentín se fue a casa preocupado.
¡Diez cosas eran tantas! ¿De dónde iba a sacarlas?



Mientras comía, Valen tuvo una idea: frutas. Contó todas las de la frutera: una banana, tres manzanas, dos naranjas...

¡No eran diez! Tampoco se veían parecidas.

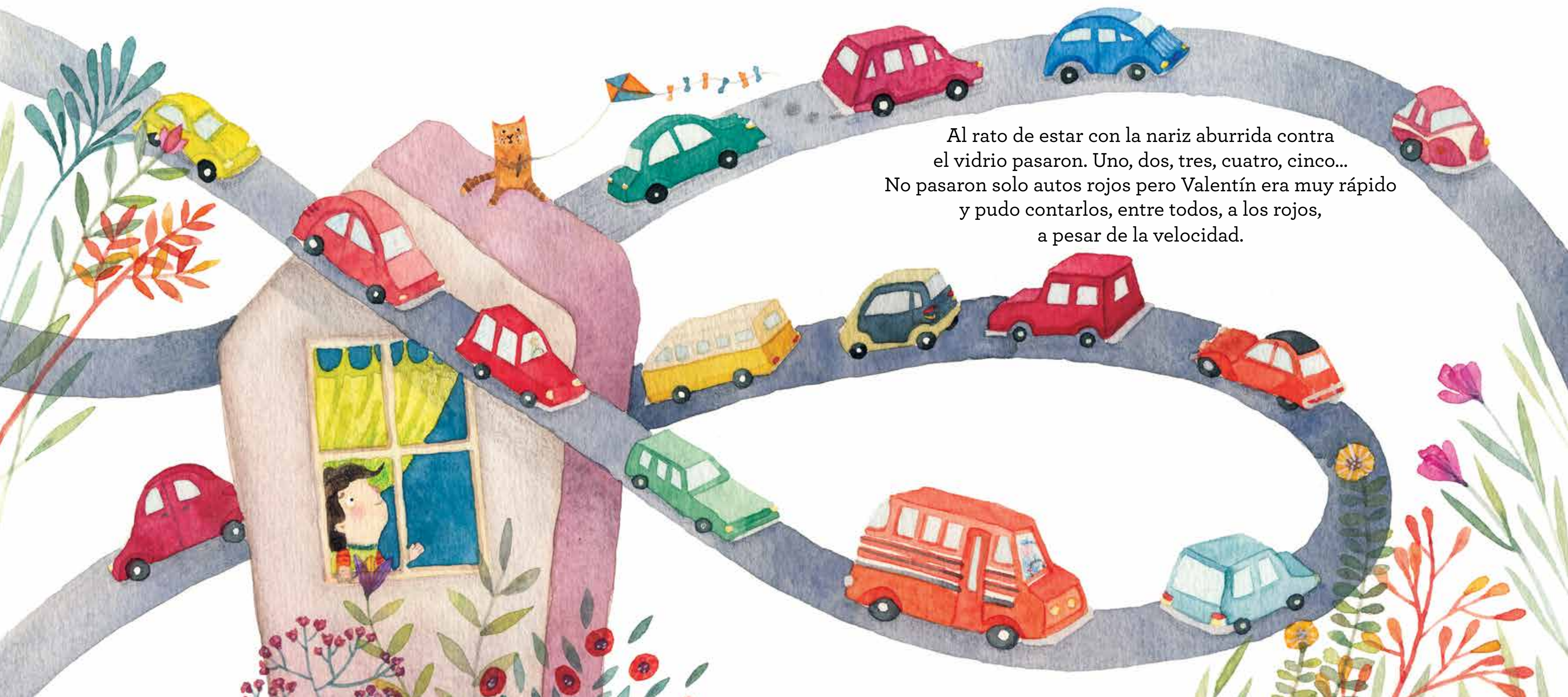
En eso, pasó Michi ronroneando. ¡Sus patas!

Esas sí eran todas iguales: peluditas y rayadas.

Cuando la gata se trepó al sillón, las contó: una, dos, tres, cuatro. ¡No le alcanzaban! ¿Cuántos gatos necesitaba llevar? ¿Y otra cosa: los gatos se dejan llevar de la correa como los perros? ¡Claro que no!

Se apoyó en la ventana y miró para afuera.

“¡Autos rojos!”, pensó, “todos autos, todos del mismo color”. Y se puso a contar. Primero no contó nada porque era la hora de la siesta y parece que los autos rojos también duermen...



Al rato de estar con la nariz aburrída contra el vidrio pasaron. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... No pasaron solo autos rojos pero Valentín era muy rápido y pudo contarlos, entre todos, a los rojos, a pesar de la velocidad.